

AGUSTINA BUERA

*La noche que
comencé a quererte*



AGUSTINA BUERA

*La noche que
comencé a quererte*

 Planeta

Capítulo 1

Me remuevo hasta que encuentro una almohada para aplastarla contra mi cara, tapando la luz invasiva que me golpea y me hace fruncir las cejas y apretar los párpados. Giro hasta quedar boca abajo y presiono con fuerza la almohada para que ningún rayo de sol entre en mi cueva. *Tenés sueño, seguí durmiendo*, me digo, pero me estoy engañando a mí misma. Sé muy bien que no voy a seguir durmiendo, ya me desperté. Con un bufido, tiro la almohada a un lado y me quedo mirando la pared de un color que no es el de mi habitación y la puerta que tampoco es mía. Me siento de golpe, la sábana entre mis piernas. Bajo la mirada y me encuentro con una remera que tampoco es mía.

—¿Dónde mierda estoy?

Mi mirada salta de una punta a la otra, absorbe el espacio. Las paredes son verde oscuro; la decoración es discreta, hay un sillón en la esquina, justo al lado de la ventana gigante que tiene las cortinas de gusto, una estantería llena de libros, una cómoda frente a la cama y la cama en sí, con sábanas grises y un acolchado azul oscuro. Ah, y también hay una planta gigante que está a cinco centímetros de ser considerada un árbol. Me froto la cara; debería estar preocupada, pero reconozco el buzo tirado en el piso y de repente sé dónde estoy y me doy cuenta de que me estoy haciendo pis.

Salir de la cama requiere más esfuerzo de lo normal, siento cada extremidad pesada y al mismo tiempo como si estuvieran hechas de gelatina. Me estalla la cabeza y creo que la forma más rápida y efectiva de frenar el dolor sería partiéndomela contra la superficie más cercana. Mientras camino hacia la puerta, recojo mi pelo y hago un rodete que no necesita de nada para agarrarse más que el pelo en sí. Freno mis pasos ante el estante de libros y estoy a punto de leer los lomos cuando escucho un carraspeo. Un hombre alto y enojado me observa apoyado contra el marco de la puerta.

—Buenos días —le digo con una sonrisa que no me devuelve. Entrecierro un poco los ojos —. ¿O no? —No se le mueve ni medio músculo de la cara. Solo me mira. Mientras él se queda ahí estudiándome, yo me doy cuenta de que solo llevo una remera. Nada más. Debería buscar algo para ponerme, pero a simple vista no encuentro nada.

De golpe, aparecen muchas preguntas en mi cabeza. ¿Dónde están mis cosas? ¿Por qué estoy acá? ¿Qué hora es? ¿Por qué el hombre que está tapando la puerta tiene cara de haber pisado mierda? ¿Por qué estoy con resaca? Y la más importante: ¿qué pasó anoche? Solo hay una persona que tiene las respuestas para todas mis preguntas y en estos momentos pareciera que prefiere matarme o morirse antes que hablar conmigo. Exhalo.

—¿Puedo ir al baño? —pregunto.

—No me tenés que pedir permiso, Juana. —Y es como dice mi nombre lo que termina de confirmar su enojo.

—Eso ya lo sé, Tomás. —Mi intento por replicar su tono mordaz no tiene el mismo efecto. En mi defensa siento que me están saltando sobre la cabeza al mismo tiempo que alguien me grita al oído. Fue lo mejor que pude hacer en el estado en el que estoy—. Pero si no te corrés no puedo pasar, y si no puedo salir del cuarto entonces voy a tener que hacer pis en una esquina —sonríó—. Tu decisión —enchojo un hombro.

Tomás me mira por unos segundos y sé que está pensando en no dejarme pasar solo para ver si haría pis en un rincón. Veo cómo su pecho se infla y desinfla, y finalmente se separa del marco. Gesticula para que pase y, aunque el gesto parece caballeroso, todo eso desaparece cuando me encuentro con su expresión de hastío. A veces pienso que esa es la cara con la que nació. Me imagino a la partera sacándolo de la panza de su mamá y Tomás con esa cara de fastidio ya instalada.

Camino hasta la puerta y hago una reverencia que parece sacarlo más de quicio. Tengo que suprimir una sonrisa.

—Muchas gracias —digo cuando vuelvo a incorporarme. Apenas pongo un pie en el pasillo, Tomás se da media vuelta y va hacia las escaleras. Cuando vuelve a hablar solo puedo ver su espalda.

—El desayuno está listo. Hay un par de cepillos de dientes nuevos, agarrá el que quieras. Ah, y si necesitás ropa, fijate en mi cómoda. Te espero abajo —esto último lo grita porque llegó al final de las escaleras.

—¡Gracias! —grito con el cuerpo adentro del baño y la cabeza afuera. Cierro la puerta y un poco agradezco no tener pantalones ni nada porque realmente me estaba haciendo pis. Cierro los ojos y ya más relajada intento recordar algo de anoche, alguna punta de donde tirar.

Ayer trabajé como siempre, cerré el café a las siete y me acuerdo estar distraída mientras cerraba el candado. No fue hasta que llegué al supermercado que me di cuenta de que me había dejado el celular al lado de la caja registradora del café. Podía volver, pero estaba cansada, cerca de casa e incluso estaba llegando tarde. Volver al café, subir la persiana y volver a cerrar significaba un esfuerzo que no tenía ganas de atravesar.

Recuerdo poner las llaves de casa en la cerradura. Al toque me invadió una sensación fea, asfixiante. Y ahí *supe* que algo malo

me esperaba del otro lado de la puerta. Mis pies no quisieron moverse. A lo mejor estaba equivocada, era mi cansancio hablando. En invierno no suele haber tantos clientes, pero no tenía ni a Fausto ni a Delfina para ayudarme. Y aunque me gusta pensar que puedo sola, es bastante desgastante. Seguro era eso, pensé entonces, parada con las llaves mordiéndome la palma de la mano, estaba cansada. Pero mi intuición me gritaba que no estaba equivocada, que algo horrible estaba pasando dentro de mi casa.

Veo mi reflejo en el espejo del baño de Tomás, el cepillo de dientes en la boca, espuma como si tuviera rabia y mis cejas fruncidas. *¿Qué pasó cuando entré?* Como una ola avasallante y gigante, el recuerdo me golpea y veo el momento de realización: el reflejo de mis ojos haciéndose grandes, la mano que viaja a mi pecho, mi cara contorsionándose para llorar, cómo me escondo de mí misma cuando finalmente cierro los párpados. Pero el recuerdo de lo que pasó sigue ahí, no puedo esconderme de él por más que quiera.

Como si mi cuerpo no fuera mío termino de lavarme los dientes y un poco la cara. Vuelvo a la habitación de Tomás y rebusco entre su ropa hasta encontrar algo que pueda servirme como pantalón. Es un hombre alto, pero yo no soy bajita, así que dentro de todo me va bien. Bajo las escaleras como si llevara cemento en los pies; en mi cabeza, una y otra vez se reproduce el recuerdo de ayer, como si fuera un disco rayado, no lo puedo parar por más que trate de desviar el tema. Una vez que llego abajo, el olor a café y tostadas logra distraerme un poco. Cuando levanto la vista me encuentro con Tomás sentado en una silla y los antebrazos apoyados en la mesa del comedor. Hay dos tazas con café, la mía con un poco de leche y la de él no. Pero lo que más me llama la atención es la cantidad abismal de tostadas que hay en la mesa. Y la variedad de mermeladas. Hay como cinco. Con cautela, como si yo fuera una gacela y él un león, me acerco hasta una de las sillas, la arrastro y me siento.

—Comé. —Señala con el mentón la torre de tostadas—. Te va a hacer bien.

—¿Eso es mermelada de tomate? —La reconozco medio por descarte porque es demasiado roja como para ser de frutilla. Frunzo un poco la nariz.

—No la juzgues sin probarla —responde al mismo tiempo que su mano entra en mi campo de visión y agarra una tostada.

Por supuesto toma la mermelada de tomate y se unta una buena cantidad. La muerde con sus ojos puestos en mí. Mensaje captado: no se jode con las mermeladas en esta casa. Por respeto y porque un poco me intimida esa mirada, decido darle una oportunidad. Y me cago en todo, es riquísima. Tomás alza un poco las cejas, como diciendo, *¿viste?*

Le doy un par de mordiscos, pero no llego a terminarla. Siento el estómago revuelto.

—¿No te acordás de lo que pasó ayer? —El hombre que tengo enfrente no termina de tragar para hablar.

Todo mi cuerpo se congela. ¿Él sabe? Puede ser, después de todo estoy en su casa, a lo mejor le conté. Tendría todo el sentido del mundo. Dejo la tostada en el plato y agarro con ambas manos el café. Necesito estar un poco más despierta y con menos dolor de cabeza para tener esta conversación.

—Ayer fuiste a Bar.

Bueno, al menos ahí tengo la respuesta de por qué siento que me va a explotar la cabeza en cualquier momento.

—¿En serio no te acordás? —agrega con un tono casi acusador.

—Sí... —Le doy un sorbo al café—. Me acuerdo de entrar al bar y... ¿te pedí *shots* de tequila?

Tomás asiente con la cabeza.

—¿Cuántos me tomé?

—Demasiados. —Agarra otra tostada y la unta con una mermelada que parece ser de durazno.

—¿Por qué tenés tantas mermeladas? —pregunto. Tomás me mira como si supiera lo que estoy intentando hacer, pero no me dice nada y responde mi pregunta.

—Muchas. Las hago yo.

El silencio es ensordecedor. Tomás no me transmite el tipo de hombre que haga sus propias mermeladas. Y sé que él puede leer mis pensamientos.

—Me calma cocinar. Y me gustan las mermeladas.

Asiento con la cabeza.

—Te entiendo, es bastante catártico cocinar.

Nos sumimos en un silencio extraño mientras desayunamos. Tomás es un hombre tranquilo, callado, solo habla cuando cree que tiene algo importante para decir. No es de las personas que hablan por hablar. Por eso me sorprende que sea él el que interrumpe el silencio a continuación.

—Estabas triste ayer, pero no me quisiste decir qué pasó. Y también me hiciste prometerte que no le iba a decir a nadie que estabas triste. ¿Qué pasó, Juana?

Mis ojos se concentran en la gota de café con leche que derramé cuando revolví el azúcar con la cuchara. No sabe, no le conté. Exhalo, aliviada de que mi lengua alcoholizada no haya estado verborrágica.

—Me fui a dormir preocupado.

—Perdón —digo pasándome una mano por el pelo y como consecuencia desarmándolo. Vuelvo a armar el rodete esquivando los ojos de Tomás.

—No tenés que pedirme perdón. Solo quiero saber qué pasó. ¿Algo con Daniel?

Niego con la cabeza y me obligo a darle otro bocado a la tostada. Un poco para tener la boca ocupada y que sea mi excusa para no tener que hablar y otro poco porque sé que me va a hacer bien si tengo algo que absorba el alcohol que todavía sigue en mi sistema.

—¿Juana? —Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que hay un dejo de preocupación en cómo se arquean sus cejas, cómo se contorsiona su boca, cómo sus ojos marrones me quieren descifrar.

—No quiero hablar del tema. —Con esfuerzo termino la tostada y me llevo la taza a los labios. Tomás no insiste, simplemente continúa desayunando. Cada tanto, me da alguna que otra mirada de reojo.

Tengo varias razones por las cuales no quiero hablar de anoche, pero creo que en este momento la principal es que me muero de vergüenza y prefiero que siga siendo un secreto. Si no se lo cuento a nadie, ¿pasó realmente?

Dirijo mi mirada hacia la ventana que está a la izquierda. Veo cómo las ramas de los árboles se sacuden y cómo el sol se esconde detrás de nubes gordas y oscuras. No hace falta que mi piel sienta el aire para saber que hace frío. Viene siendo un invierno duro, y los rumores de una posible nevada invaden mi café todos los días. El pueblo entero está excitado ante la perspectiva de despertar un día y ver blanco por todos lados.

—¿Creés que va a nevar? —digo con la mirada fija en el exterior.

—No.

—Qué positivo. —Giro mi cabeza y Tomás encoge ambos hombros al mismo tiempo que le da un sorbo a su café.

—Soy realista. No nieva en Nanai.

—El primero de agosto del noventa y uno nevó.

—Hace treinta y cuatro años.

—¿Pero nevó o no? —Levanto una ceja. Tomás pone los ojos en blanco y lo tomo como punto final de la conversación. Sonríe satisfecha y vuelvo a mirar el trabajo del viento helado.

Esta vez el silencio es interrumpido por el celular de Tomás.

—¿Sí? —Un poco me alegra saber que su tono mordaz no es solo para mí. La persona del otro lado habla y creo reconocer

esa voz. Los ojos de Tomás me miran por un segundo—. Sí, está acá conmigo

—¿*Quién es?* —le pregunto solo moviendo mis labios. Él me ignora y sigue escuchando a la otra persona

—Está bien. Sí. ¿Te acordás que yo soy el mayor? —Tomás suelta un bufido—. Ya te dije que sí. —Pausa—. Vas a tener que preguntarle a ella. No, no es porque no te quiera contar, es porque no lo sé.

Intento llamar su atención, pero no tengo éxito.

—No sé si quiere hablar con vos. —Tomás me observa de reojo y parece pensarlo. Tapa el micrófono del celular y susurra “Fausto”.

Mi primer impulso es decir que sí, que yo siempre voy a querer hablar con mi mejor amigo, pero lo pienso unos segundos y me doy cuenta de que no puedo esconder la verdad de él. Tomás parece entenderme sin que le diga nada y destapa el micrófono

—No quiere. —Abro mucho los ojos, ¿se puede tener menos tacto?—. Dale, le digo, sí. ¿Listo? Tengo cosas que hacer, Fausti. Sí, ya sé. Beso.

Tomás tira el celular sobre la mesa y me mira con una ceja levantada, seguro esperando que le diga algo.

—Siempre me olvido lo dulce que sos.

Sin responderme empieza a levantar las tazas y las pone en la bacha; al plato todavía lleno de tostadas, porque hizo un millón, lo deja en la mesada. Cuando abre la canilla me paro para ayudar.

—No hace falta —dice cuando atino a agarrar la esponja—. ¿Querés que te lleve a tu casa? Debería ir a entrenar, así que si querés te puedo alcanzar antes de ir al club.

Como si me hubieran inyectado el aire frío de afuera: así se siente la idea de volver a mi casa. No quiero. No puedo. Lo primero que pienso es que ojalá estuvieran Delfina, o Fausto, o

mi hermano con Matilda. Pero en simultáneo un poco agradezco que no estén acá, no tener que hablar del tema, afrontarlo.

Miro el perfil de Tomás, su concentración en la taza que minutos atrás estaba en mis manos. Si alguien me preguntaba cuál era la persona ideal para acompañarme en esta situación, nunca habría dicho Tomás. Nos conocemos desde chicos, pero jamás fuimos amigos. No diría que nuestro vínculo es superficial porque él sabe cosas íntimas, como el hecho de que mi papá es alcohólico, y yo sé cosas íntimas de él, como que su papá abandonó a su familia cuando nació Fausto, y por eso ambos pasaban tantas horas en mi casa. Su mamá era cajera del único supermercado del pueblo, tres veces a la semana trabajaba doble turno y esos días los hermanos Acosta venían después del colegio y se quedaban a cenar. Pero la diferencia de cinco años nos empujó a emparejarnos por edad. Yo tengo la misma edad que su hermano y Tomás tiene la misma edad que el mío. Lo lógico era que yo pasara tiempo con Fausto, aunque cuando éramos chicos nos costaba un poco encontrar puntos en común. No fue hasta de más grande que nuestra amistad tomó intensidad. Pero cuando venía a casa y nuestros hermanos tenían alguna otra actividad, nos veíamos obligados a pasar tiempo juntos. Muchas veces simplemente éramos la compañía del otro mientras cada uno hacía lo suyo.

—¿Juana? —Cuando vuelvo al presente me doy cuenta de que Tomás ya terminó de lavar todo y ahora tiene un repasador en la mano.

—No quiero volver a mi casa —anuncio, mis ojos fijos en los suyos—. No quiero —repito, sacudiendo la cabeza.

Silencio.

—Juana...

—A lo mejor me quedo en el Hotel Mancini. —Me siento un poco incómoda por la intensidad con la que me está mirando. Y un poco me molesta también por la pena que no puede esconder. No me gusta que sienta lástima por mí. Esa es otra de las razones

por la cual quiero mantener el secreto un tiempo más. Sé que, en cuanto se corra la voz, la gente va a mirarme como si fuera una nena a la que se le cayó el helado sobre el asfalto caliente en pleno verano.

—Hay treinta minutos de Mar del Plata a Nanai.

—Lo sé.

—No es cómodo para ir y venir todos los días.

—Mi hermano lo hace —respondo resuelta.

—Valentino no va todos los días.

—No tengo otra opción.

—¿Delfina no te dejó las llaves para que le riegues las plantas? —señala Tomás.

—Sí —suspiro—, pero se siente raro quedarme en la casa de alguien sin que lo sepa. —Tomás abre la boca para argumentar, pero hablo antes de que pueda pronunciar media palabra—: Si la llamo para preguntarle, me va a bombardear a preguntas que no quiero responder. Y voy a preocupar a mi hermano. Y se merecen este viaje, descansar.

Más silencio.

—Podés quedarte acá, entonces.

Me hubiera gustado haber controlado un poco más los músculos de mi cara porque mi boca se abre y no la puedo volver a cerrar. Sí, definitivamente hay alcohol dando vueltas todavía.

—¿Qué? —dice un poco ¿ofendido? ¿enojado?

—Perdón. —Alzo las manos en son de paz—. Es que no me esperaba tu propuesta. No te quiero joder. Además, ¿dónde dormiría?

—Tengo otra habitación. ¿Dónde pensás que dormí ayer? —pregunta alzando una ceja.

—¿En el sillón?

—Tengo treinta y tres, si duermo en el sillón me levanto hecho mierda. Podés quedarte, si querés, tampoco te voy a obligar —finaliza con un movimiento de hombros.

Me muerdo los labios, pensando en su propuesta. Tampoco me parece una locura lo que está proponiendo. Usa ese instante de duda para insistir un poco.

—Estoy cerca del café, tendrías una habitación para vos sola y prometo no presionarte para que me cuentes lo que sea que pasó ayer que te hizo tomar *litros* de vodka y jugar a los dardos con los chicos del bar.

A medida que va hablando voy recordando.

—¿Puede ser que cuando le errabas tenías que tomar un *shot*? —pregunto con miedo de saber la respuesta, aunque ya la sé. Tengo en la cabeza una imagen borrosa de un dardo en mi mano y después ese mismo dardo en el piso. Gritos de victoria de lo que supongo era el otro equipo. Unas palmadas en mi espalda para consolarme por perder y un *shot* de vodka apareciendo frente a mis ojos, la prenda.

—Sí, y nunca en mi vida vi a alguien con tan mala puntería. Sos malísima, Juana. —No lo dice de mala manera; incluso me dirige una sonrisa que me invita a devolvérsela.

Apoyo la cadera contra el borde de la mesada. Tomás termina de secar la cuchara que usamos para untar las mermeladas, la guarda en el primer cajón y cuando lo cierra se acomoda, imitando mi pose. Nos observamos con los brazos cruzados sobre nuestros pechos. Tomás inclina un poco la cabeza, a la espera de mi respuesta.

—Acepto tu propuesta.

Su sonrisa es tan grande que aparecen sus dos hoyuelos.